

Las novelas explicadas

(A propósito de «El Chileno en Madrid»)

EN un artículo aparecido recientemente en «La Nación» de Santiago, Joaquín Edwards explica la génesis de algunos de los personajes de su última novela, *El chileno en Madrid*. Esta concesión del novelista a un público que aparenta no comprenderlo, ¿tiene alguna importancia para la obra misma?... Podría explicarse en las obras de carácter simbólico o en aquellas que llevan encerradas una intención didáctica. La novela de Edwards Bello dista mucho de esos aspectos. Es, sencillamente, una novela. Pero Edwards Bello ha querido explicar lo que no tiene explicación posible. Esos personajes viven en el libro la vida que les dió el autor, con prescindencia de los modelos. Son creaciones amasadas con el barro de la realidad, a través de múltiples expresiones de vida. Su semejanza con los seres vivos no puede inquietar al novelista. A lo sumo provocará en él un sentimiento de orgullo. La novela hecha, concluída y arrojada en seguida a la vorágine de la opinión, se desprende, en absoluto, del creador en el momento mismo en que éste, como en las viejas usanzas caballerescas, le da el espaldarazo de estilo. La obra vive desde ese instante la vida contradictoria, voluble o serena, de las creaciones humanas.

Hay un público que busca el escándalo en las obras literarias de pura imaginación, y ese público no modificará en un ápice las conclusiones a que haya arribado, a pesar de las explicaciones del autor. Continuará pensando en que el personaje tal corresponde a la vida y modalidades del *amigo X...* o a las

del señor Z... y que las explicaciones, fuera de texto, no son otra cosa que subterfugios de que se vale el autor, para despistar la conciencia del lector. En este sentido Edwards Bello es un autor de mala suerte. O de buena suerte. Como quiera que sea, desde *El Inútil* hasta *El chileno en Madrid*, los tipos creados por el novelista, han sido subrayados por los lectores con nombres conocidos. Este fenómeno es particularmente visible en los personajes de prosapia aristocrática y, como ya lo insinuamos en nuestro artículo sobre la misma novela, publicado en el mensuario «Letras», Edwards Bello, por el desdén que experimenta por los ambientes aristocráticos, se complace en zaherirlos y así, cada personaje de esta especie social, calza, según el lector, en un sujeto conocido.

La suspicacia o la indigencia mental humana tiene estas limitaciones. El público que no sabe leer y al que poco o nada le interesan las creaciones artísticas, busca, en las novelas chilenas de ambiente social, las equivalencias o los paralelos. Lo demás le tiene sin cuidado. Un autor que no disfraza, por lo general, su pensamiento o que lo disfraza poco—es el caso de Edwards Bello—está sometido, en cada nueva novela que publica, a esta que podríamos llamar *policía secreta de los personajes*. Ni la imaginación, ni los resortes novelescos puestos en juego, ni las interpretaciones de la realidad, les importan.

—¿A quién ha querido pintar en tal personaje?...

Esa es la pregunta fundamental de la mayoría de los lectores. Y luego:

—¿Contra quién va dirigida tal alusión?...

Y más adelante:

—¿Sabe que este Lidstrom se parece a fulano de tal?...

Y alguien contesta:

—En efecto, se parece... Pero ¿y qué me dice Ud. de María Ángela? (supongamos que sea este el nombre de una heroína). ¿Que no ve Ud. que es igual a Fulanita?... Sus mismos vicios, sus mismas chifladuras, idénticas ridiculeces...

—¡Hombre!... es verdad... no había caído...

Sólo que para los personajes nobles o fuertes, nunca el lector

encuentra el equivalente ni siquiera aproximado. La maldad, los vicios, las bajezas, las claudicaciones o las miserias morales, están siempre dispuestas, de tal modo, en la estructura de los personajes, que calzan a la medida de mucha gente. Este fenómeno es singular en la psicología del lector y revela hasta qué punto es débil y contradictoria la naturaleza humana. La sospecha del impudor, de la vileza o de la cobardía en los tipos novelescos, exalta al lector. Persigue, con delectación morbosa, la huella mínima del pecado en aquellos seres creados por el novelista y que tienen su correspondiente en el grupo social de sus relaciones. Este vicio trae a la imaginación la ansiedad desesperada de los perros hambrientos que escarban en los basurales. La voluptuosidad de descubrir las flaquezas de nuestros semejantes, a través de un autor literario, es un defecto de los públicos que no están educados para la lectura. La literatura chilena cuenta, entre sus autores, a muchos que han sufrido preocupaciones e inquietudes por este prurito del lector de buscarle «cinco pies al gato»... Podríamos citar, entre otros, a Luis Orrego Luco con su novela *Casa Grande*, a Mariano Latorre con sus *Cuentos del Maule*, a Alone con *La Sombra Inquieta*, etc., etc.

* * *

Edwards Bello es, en este sentido, un novelista típico. Pero es el lector el que lo ha convertido en un novelista de clave. El lector inculto, malévol, sin sentido de la literatura y de lo que son las obras artísticas. La creación de un personaje novelesco supone una serie de caminos y de estudios que, en ocasiones, no guardan ninguna relación entre sí. Los hallazgos o las sorpresas, en este proceso de incubación, constituyen fenómenos extraordinarios, a veces tragedias íntimas, ignoradas, que pasan como las figuras embrolladas de una pesadilla. El lector que carece de una cultura, no puede penetrar en este círculo, sombrío o luminoso, de la creación.

Por eso nos parecieron inútiles las explicaciones de Edwards Bello sobre el origen de algunos de los personajes de su último libro. Una novela se basta a sí misma. Es un fragmento de vida y es, además, la envoltura de una estética y de una personalidad. Explicarla es debilitarla.

DOMINGO MELFID.